

LA OPINIÓN | La obstinación en mantener oculto el funcionamiento de las empresas públicas aragonesas hace temer que se hayan convertido en una tapadera para todo tipo de abusos

Por José Luis de Arce

La mujer del César

LA expresión «no basta con que la mujer del César sea honesta, tiene también que parecerlo» la pronunció Julio César al repudiar a su esposa Pompeya, según cuenta Plutarco en sus 'Vidas paralelas', cuando recayó sobre ella la mera sospecha de su posible infidelidad. La frase es abundantemente empleada en los medios políticos cuando se exige transparencia en las andanzas y actuaciones de los gestores públicos.

Sorprende e inquieta, por ello, el empecinamiento que está mostrando el Gobierno de Aragón en ocultar todo el entramado de la corporación de empresas públicas, sustrayendo la información sobre sus datos a la ciudadanía que contribuye a su sostenimiento. En este caso, cabe legítimamente pensar, ante ese pertinaz oscurantismo, que ni la corporación ni sus empresas públicas son honestas; y que, desde luego, no

lo parecen. ¿Habrá, pues, que repudiarlas como a Pompeya?

Es posible que, al descorrerse el velo que cubre hoy por hoy las vergüenzas de este sinnúmero de entidades-tapadera de sabe Dios qué enchufes, prebendas e intereses inconfesables, quedara al descubierto un penoso panorama de dilapidación de caudales públicos puestos en manos de poco fiables gestores y en apoyo de proyectos o actividades más que dudosos. El sectarismo partidista ha invadido todos los rincones de la sociedad y se ha inventado el sistema de las empresas públicas para pagar favores, colocar a inútiles y disponer fuera de todo control de cuantiosos recursos.

No puede el Gobierno aragonés acogerse a esa monserga de la protección de datos para eludir la transparencia, una de las exigencias de la decencia democrática y clave de cualquier código de buenas

«El sectarismo ha invadido todos los rincones de la sociedad y se ha inventado el sistema de las empresas públicas para pagar favores»

prácticas con el manejo del dinero ajeno; bastaría para ello que esos misteriosos gestores, cuyo nombre y número no se puede conocer, permitieran publicar sus datos personales como requisito previo a su incorporación a cualquiera de estas empresas públicas; bastaría que se exigiera la presentación ante el Registro Mercantil de una cumplida y abundante documentación sobre sus

cuentas e interioridades, de modo que cualquiera pudiera acceder a un conocimiento legítimo en evitación de sospechas y confusiones.

También ayudaría que, de una vez, se ponga a funcionar la Cámara de Cuentas, la intervención del Ayuntamiento de Zaragoza y, en general, todos los mecanismos cautelares y de control de los desmanes del poder que los sistemas verdaderamente democráticos tienen inventados e implantados hace ya mucho tiempo, pero que aquí, sin duda por un talante menos democrático, siguen brillando por su ausencia, permitiendo a la autoridad hacer de su capa un sayo y escamotear sus responsabilidades.

¿De qué tiene miedo esta mujer del César que ni siquiera tiene interés en parecer honesta? ¿Será, quizá, porque en el fondo no lo es?

EN VIVO

Mariano Gállego

Condenadas a entenderse

MÁS allá del litigio por los bienes religiosos aragoneses depositados en Lérida, las diferencias por los sucesivos proyectos de trasvase de agua a pueblos catalanes situados fuera de la cuenca del Ebro, la manipulación historiográfica que de la Corona de Aragón han hecho nuestros vecinos o la pugna deportiva por la candidatura olímpica de invierno, Aragón y Cataluña están condenadas a entenderse.

Los vínculos históricos no pueden, ni deben, eliminarse de un plumazo. De hecho, buena parte de la zona oriental de Aragón mantiene relaciones cotidianas con Cataluña, fructíferas para las dos partes. Fraga es un claro ejemplo de ciudad oscense, y particularmente orgullosa de ser y sentirse aragonesa, que, por su proximidad a Lérida —apenas la separan 35 kilómetros con unas excelentes comunicaciones—, conserva estrechos nexos económicos, laborales, deportivos y culturales con la capital ilderense y, en buena medida, a ellos debe su pujanza. Simplemente, forman parte del día a día... y de la historia.

Y surgen nuevas iniciativas, como las que auspician las uniones comarcales del sindicato UGT en Lérida y la zona oriental altoaragonesa, que reclaman que las estaciones de tren de Binéfar y Monzón se integren en la red de cercanías de los Ferrocarriles de la Generalitat, para dar respuesta a los vínculos económicos y sociales que existen con Lérida. El Ministerio de Fomento ha mostrado su disposición a mantener un encuentro el próximo día 24 para analizar la propuesta y sus posibilidades de hacerla realidad. Se trataría de aprovechar las infraestructuras existentes, actualmente infrautilizadas por el gestor ferroviario, que ha desmantelado los escasos servicios que conectaban dichas localidades aragonesas con Cataluña y Zaragoza. Para facilitar la comunicación de los vecinos en esta zona, el tren debe recuperar el papel vertebrador. Y la colaboración entre diferentes administraciones puede ser la fórmula para acabar con ese secular aislamiento y, de paso, impulsar el transporte público.

Ya se han puesto en marcha otros programas de cooperación con comunidades autónomas vecinas para garantizar la prestación sanitaria, como ocurre con los hospitales de Tudela y Lérida para los pueblos aragoneses de sus respectivas áreas de influencia. Se abre un nuevo marco para mejorar los servicios a los ciudadanos que no se debería desaprovechar.

mgallego@heraldo.es

LA OPINIÓN | Las sedes episcopales de Albarracín, Barbastro-Monzón, Tarazona y Jaca han heredado un rico patrimonio que puede disfrutarse en sus calles y en sus museos diocesanos

Por Juan Antonio Gracia

Museos diocesanos

TENÍA razón don Miguel de Unamuno cuando decía que las ciudades españolas que tenían obispo pero carecían de gobernador civil eran particularmente hermosas. Y, en efecto, nadie discutirá el empaque urbano y la categoría monumental de Albarracín, Sigüenza, Segorbe, Mondoñedo, Plasencia o Tarazona, por citar solo seis de las veintitantas localidades que cuentan con un viejo palacio episcopal, pero no poseen sede gubernativa.

Aunque el paso del tiempo ha empobrecido su influencia administrativa y han dejado de ser centros de poder civil y religioso, en esas ciudades quedan vivas las huellas de su antiguo esplendor y mantienen poderoso su atractivo para las corrientes turísticas de nuestro tiempo.

En la Iglesia aragonesa somos

afortunados, ya que subsisten cuatro sedes episcopales en lugares pequeños: Albarracín, Barbastro-Monzón, Tarazona y Jaca. Las cuatro, con obispo y sin gobernador civil, son ciertamente bellísimas. No cuento Roda de Isábena, que tuvo obispo pero que ahora no tiene ni mitrado ni gobernador, aunque siga en pie su catedral, la más antigua y, acaso, la más original y sorprendente de nuestra región.

Esas cuatro diócesis, pequeñas en su geografía y escasas en su población, tienen, aparte de su especial encanto, una característica común que las hace particularmente interesantes desde una perspectiva estrictamente cultural. Las cuatro pueden presumir de contar con un museo en el que guardan celosamente un valioso patrimonio recibido de sus mayo-

«Por fortuna, la actualidad de esos museos no puede ser más positiva. El de Jaca, uno de los más interesantes en su género, acaba de abrir de nuevo sus puertas»

res en el correr de los siglos, donde recogen la memoria de la peripetia humana y espiritual de sus gentes, el resumen de su trayectoria por este mundo, el álbum de sus más queridas devociones.

Por fortuna, la actualidad de esos museos diocesanos no puede ser más positiva y esperanzadora. El de Jaca, uno de los más interesantes de España en su género, es una maravilla y, tras varios años de

obras, acaba de abrir de nuevo sus puertas. El de Barbastro, ubicado en el rehabilitado palacio episcopal, se inaugurará hacia el final del próximo verano. Más difícil será que, para entonces, puedan ocupar el sitio que se les tiene reservado las piezas que, siendo propiedad de las parroquias oscenses, siguen retenidas contra toda razón y derecho en Lérida.

Los otros museos diocesanos, Huesca, Teruel, Albarracín y Tarazona gozan de muy buena salud. Y, para que la dicha sea completa, ya solo cabe esperar que se aceleren los trabajos en la residencia arzobispal cesaraugustana con el fin de que, a no tardar demasiado, la sede metropolitana tenga, al fin, el museo de arte sacro que requieren su importancia jerárquica y el rico acervo histórico y artístico que conserva.

CANO



**COMO NO ENTIENDO DE FÚTBOL,
NO SÉ SI LES DAMOS LOS 7.600.000 EUROS
POR O PARA SER UN CLUB DE ÉLITE**

